

feccionará, no como fin de nuestra vida, sino como medio de desarrollar nuestras facultades morales é intelectuales.

Hé aquí un punto de vista verdadero que los primeros cristianos no conocían. Nos acercamos á la idea que se formaban de la existencia terrestre. Si la preocupacion del fin del mundo ha favorecido el establecimiento y propagacion del cristianismo, en cambio ha contribuido á inclinar á los cristianos á un espiritualismo excesivo. Unos hombres convencidos de que se acercaba el fin del mundo no podían tomarse gran interés por esta vida; eran, como dice Crisóstomo, culpables que de un momento á otro van á comparecer ante su juez. ¿Qué cosa mejor podían hacer que abandonar un mundo que iba á perecer y prepararse en la soledad para un mundo mejor? De aquí esa falsa concepcion de la vida que considera el monacato como el ideal de la perfeccion evangélica; de aquí esa falsa concepcion de las relaciones de los hombres con el Estado, en el cual los cristianos se creen extranjeros, puesto que su patria no está en esta tierra sino en el cielo. Falseadas las nociones de la vida y de la sociedad, quedaban desatendidos los más grandes intereses de los hombres y de los pueblos. Creemos que el espiritualismo cristiano ha tenido una elevada mision hasta en sus excesos. Pero esta mision era pasajera; el error de la Iglesia ha consistido en inmovilizar ideas y sentimientos que habían nacido en circunstancias excepcionales y transitorias.

CAPÍTULO II.

EL ESPIRITUALISMO CRISTIANO.—CONCEPCION DE LA VIDA.

El cristianismo se forma de la vida una idea completamente diferente de la que dominaba en la antigüedad. Los antiguos se cuidaban poco de la vida futura, y se fijaban completamente en la existencia terrestre; no solamente veían en el hombre el ciudadano de la tierra, sino que lo encerraban en una patria, en una estrecha ciudad, fuera de la cual era extranjero, enemigo. Pero llega el apóstol de los gentiles y proclama que los discípulos de Jesucristo son «extranjeros y viajeros en esta tierra.» Él mismo se declara *muerto para el mundo*: «los soldados de Cristo no se cuidan de las cosas de este bajo mundo; viven como si habitáran en los cielos» (1).

Hay un abismo entre la concepcion de los cristianos y la de los Griegos y Romanos. El paganismo era una religion de este mundo, al paso que el cristianismo es una religion del otro mundo. En ambas doctrinas hay exceso y aberracion. A fuerza de unir al hombre á la tierra, el paganismo le hizo olvidar la vida infinita, de la que nuestra existencia terrestre no es más que un eslabon. De aquí al materialismo la pendiente era fácil, y la historia nos dice que, si la sociedad antigua pereció, fué en parte, al ménos, por haberse entregado completamente á los goces de la materia. El espiritualismo cristiano fué una reaccion violenta contra aquel desbordamiento de corrupcion. Entendemos por espiritualismo,

BLO, Hebreos, XI, 13; Galat., VI, 14; II Timoth., II, 4; Philippp., III, 20.

no la doctrina que distingue el espíritu del cuerpo y que subordina la materia al alma, sino la doctrina que despegga los hombres de la tierra y que aconseja que se renuncie al mundo para poder alcanzar la existencia futura, existencia que se diferencia de nuestra vida presente en que ha de ser puramente espiritual. Semejante concepción conduce inevitablemente al desprecio del cuerpo y de todas las condiciones materiales de nuestra existencia, y viene á parar en las locuras del monacato: y el monacato, si no hubiera hallado un contrapeso en una influencia de raza, hubiera convertido al cristianismo en una reproducción de la sociedad budhista: el quietismo hubiera enervado las almas y entregado el mundo real á los azares de la fuerza. Si la Europa se ha librado de la funesta influencia del misticismo cristiano, debe agradecerse al genio de la raza germánica, raza activa y emprendedora, que imprimió á la religión cristiana un carácter muy diferente del que habia tenido en los primeros siglos.

Los que tuviesen dudas acerca de la influencia que los pueblos del Norte ejercieron sobre el cristianismo, pueden comparar la concepción de la vida que domina en los Padres de la Iglesia con la que caracteriza los pueblos modernos. Cuando se lee á los Padres griegos parece que son discípulos de los brahmanes. La raza griega se distinguía entre todos los pueblos de la antigüedad por su genio sociable. En la Grecia nació la ciudad y se desarrolló la vida política con admirable riqueza. Los filósofos mismos eran legisladores ó reclamaban el gobierno del Estado para la filosofía. ¿En qué se convierte el genio helénico bajo la influencia del cristianismo? Ya no piensa en los intereses de este mundo. Sería inútil buscar en los Padres griegos una palabra que revelase algún interés por las altas cuestiones de derecho, de política, de relaciones internacionales que habian ocupado la atención de los filósofos de la Grecia. Gobierno, pueblo, guerra, paz, la inminente invasión de los Bárbaros, nada los distrae de la contemplación del cielo. Están llenos de desprecio hácia esta vida real, que tanto atractivo tenía para la raza helénica. Escuchemos á Gregorio Nazianceno (1): «¿Qué es la vida? El paso de una tumba á otra.

(1) GREGOR. NAZ., *Carm.* 13, 14 (t. II, 86 y sig.).

¿Qué he sido? ¿Qué soy? ¿Qué he de ser? Lo ignoro. Rodeado de tinieblas, voy errante acá y allá, sin tener nada, ni aún el sueño de lo que deseo.... ¿Qué eres tú, alma mía? ¿De dónde vienes? ¿Quién te ha encargado de dirigir un cadáver? ¿Qué poder te ha encaminado á esta vida? Si naciste á la vida al mismo tiempo que mi cuerpo, ¡cuán funesta unión para mí! Soy la imagen de Dios y soy hijo de un placer vergonzoso. La corrupción me ha dado el sér. Hoy soy hombre, pero pronto ya no seré hombre, sino polvo; hé aquí las últimas esperanzas.» San Efremio, el célebre Padre sirio, traza un cuadro más triste todavía de la vida humana: «Reflexiona, ¡oh hombre! lo que es nuestra vida: hedor, tribulaciones, pena, dolor; trabajo incesante, injusticia, avaricia, mentira, robos, envenenamientos, envidia, naufragio, rapiña, angustia, guerra, ódio, homicidio, vejez, enfermedad, pecado y muerte. ¿Has entendido, ¡oh hombre! de qué se compone nuestra vida?» (1)

Si el hombre no es más que una ilusión, si su vida no es más que corrupción, ¿qué debemos pensar de las cosas objeto de sus deseos, de su orgullo, de su vanidad? La comparación de la vida con una sombra, con un sueño, se encuentra en cada página de los discursos de Crisóstomo; se muestra más desdeñoso que el Salmista. Las cosas de este mundo le parecen más vanas que una sombra, más vanas que un sueño (2). ¿Cuál es la consecuencia política de esta concepción de la vida? «Que no debemos vivir en esta vida, sino considerarnos como muertos en todo lo que á ella se refiere» (3). Si el cristianismo hubiera practicado este desprecio del mundo, hubiera llegado al quietismo del Oriente y no hubiera ejercido influencia sobre la humanidad. Tal fué el destino del cristianismo greco-oriental. Despues de haber producido algunos genios, en los cuales se reunían los últimos rayos del helenismo con las luces del Evangelio, la Iglesia griega decayó, y no tomó

(1) EPHRAËM., *De his quæ hæc vita continet* (t. III, p. 24).

(2) CHRYSOST., *ad Theodor.* II, 5 (t. I, p. 41, C): *σκιὰ; οὐδαμνέστερα.*—*Homil.* 9 in *Cap.* I, *Genes.* (t. IV, p. 64, C): *πάντα τὰ ἀνθρώπινα σκιά ἐστι καὶ ὄναρ καὶ εἰ τι τούτων εὐτελέστερον.*

(3) CHRYSOST., *ib.*: *ἀρετὴ ἐστὶ τὸ καθάπερ νεκρὸν οὕτω διακείσθαι πρὸς τὰ τοῦ βίου τούτου πράγματα.*

ya parte alguna en los gloriosos trabajos del pensamiento. El Bajo Imperio murió de inanición. Si el mundo occidental se regeneró, fué gracias á la accion de un nuevo elemento que se unió á la religion. El cristianismo estaba llamado á educar á los Bárbaros. En cuanto llegan los hombres del Norte, la Iglesia toma una parte activa en la política; ocupa el primer lugar en las asambleas de la nacion; los concilios rigen la vida civil. A veces la Iglesia se vió invadida por la barbárie de la sociedad, con la cual se mezcló; pero ya se sabe que éste es el precio de la influencia; no es posible influir sobre los hombres más que viviendo su misma vida.

§ I.—El Estado.

Hay dos sentimientos tan esenciales á la sociedad que sin ellos la sociedad no sería posible, y son la patria y la familia. Los antiguos profesaban el amor de la patria en sumo grado; puede decirse que era un afecto excesivo, puesto que absorbía al individuo y daba por resultado el ódio al extranjero. Hubiera sido digno del cristianismo despojar al patriotismo antiguo de lo que tenía de excesivo y rencoroso, exaltando al mismo tiempo lo que tiene de legítimo. Pero las religiones espiritualistas no tienen ni aún la nocion de la patria, ó por mejor decir, la niegan y aún la destruirían, si el poder de los hombres alcanzase á mutilar la obra de Dios. Hoy, que la patria ha vuelto á ocupar en el corazon de los hombres el lugar que le corresponde, los defensores del cristianismo tienen por calumniosa la acusacion dirigida al ideal evangélico por ser defectuoso, puesto que olvida un elemento fundamental de la naturaleza humana. Pero en vano procuran eludir las consecuencias de su doctrina; tienen que repudiar al más grande de los apóstoles y á todos los Padres de la Iglesia, ó tienen que convenir en que para los verdaderos cristianos la palabra patria es una palabra vana. Esta exageracion del espiritualismo cristiano extravía aún á los hombres en el siglo XIX. Hay confesion religiosa que considera á Roma como su patria y que en caso de necesidad sa-

crificaría los intereses de su patria verdadera por esta patria imaginaria. Los católicos no pueden pensar ni obrar de otra manera, porque para ellos la Iglesia exterior se confunde con Jesucristo, con Dios, y Dios es realmente superior á todas las instituciones humanas. No ven que esta observacion bastaria por sí sola para probar que su revelacion no es más que una quimera.

«Los discípulos de Cristo son extranjeros en esta tierra.» Estas palabras de San Pablo han tenido muchas consecuencias; forman el fondo de la doctrina política de los Padres de la Iglesia. «Toda tierra extranjera, dice Justino, es para nosotros una patria, y toda patria es para nosotros extranjera; vivimos sobre la tierra, pero no somos de esta tierra, somos ciudadanos del cielo» (1). «Si eres cristiano, dice Crisóstomo, no tienes patria en este mundo, eres habitante de la Jerusalem celeste» (2). «Lo que llamamos nuestra ciudad, nuestra patria, no es, segun Gregorio Nazianceno, más que una ilusion de nuestra corta y fugitiva existencia» (3). Si con estas falsas máximas solamente se hubieran propuesto los Padres de la Iglesia recordar á los hombres que nuestra vida actual no es el último término de nuestro destino, se les podría perdonar la exageracion de la forma en gracia de sus intenciones; pero no lo entienden así. Dicen al pié de la letra que el cielo es nuestra verdadera y única patria, y tienen cuidado de deducir las consecuencias de su doctrina, las cuales son destructoras de toda sociedad. Aristóteles definió al hombre diciendo que es un animal político: los filósofos más espiritualistas no olvidaron nunca los deberes que la patria les imponía. ¡Cuán superior es la filosofía al cristianismo en este punto! Escuchemos á aquellos á quienes la Iglesia venera como sus Padres.

«Los cristianos, segun Eusebio, no viven la vida comun, están como separados del mundo, con el cual se relacionan únicamente por el cuerpo; su alma está en el cielo, son seres celestes, consagrados á Dios por el género humano» (4). San Crisóstomo

(1) JUSTIN., *ad Diogn.*, c. 5, 6.

(2) CHRYSOST., *Homil. 17 ad Popul. Antioch.* (t. II, p. 177, B.). C. ID., *in Lucian. Martyr.* (t. II, p. 523, B.).—GREGOR. NAZ., *Orat.*, 25, p. 438, B.

(3) GREGOR. NAZ., *Orat.*, 25, p. 438, D. C. Carmen Jambic. (t. II, p. 211, A. B.).

(4) EUSEB., *Demonstr. Evang.*, I, 8, p. 29.

dice que la primera y principal de las virtudes es considerarse como extranjero en este mundo y no tener nada comun con todo lo que pasa en él, sino alejarse como de cosas con las que no tenemos nada que ver. El cristiano no se ocupa de los negocios públicos; su política está en el cielo (1). Clemente de Alejandría emplea el mismo lenguaje: «El cristiano vive en la ciudad como en una soledad; desprecia las agitaciones de la vida civil, pasa con indiferencia por el foro como un extranjero» (2). Los filósofos paganos se escandalizaron de semejante lenguaje: echaron en cara á los cristianos que faltaban al primer deber del hombre, negándose á desempeñar los cargos civiles y militares. ¿Qué responde Orígenes? «Si los cristianos no aceptan los cargos públicos, no es por eludir un trabajo, sino porque su deber los llama á otra parte; su verdadera patria es la Iglesia, á la cual deben servir» (3). Tertuliano nos dirá cuál es la consecuencia forzosa de este espiritualismo exagerado: «Nada más ajeno al cristiano que lo que se llama la vida pública. No se presenta en los tribunales, no va á la guerra, no concurre á las asambleas. Se concentra en sí mismo; esta es su única ocupacion; no tiene más cuidado que el de eximirse de todo cuidado. En el retiro, y no á la faz del mundo, se aprende á vivir bien. Digan lo que quieran los estóicos acerca de la necesidad de tomar parte en los asuntos de la ciudad. Todo el que muere para sí, nace y vive tambien para sí.» ¿Queremos saber cuál es la suprema ambicion de un cristiano? «No aspira más que á una cosa en este mundo, y es á salir de él lo más pronto posible» (4).

Hé aquí el egoismo del creyente en toda su sencillez, ó más bien en toda su brutalidad. Sin embargo, Tertuliano es lógico. La salvacion es para el cristiano el único asunto de su vida, y si las agitaciones de la vida civil y política le impiden procurar su salvacion, ¿cómo es posible censurarle su aislamiento? Esto prueba que la nocion cristiana de la salvacion es falsa. El hombre realiza

(1) CHRYSOST., *Homil.* 28 *in epist. ad Hebr.* (t. XII, p. 218); *Id. in Lucian. Martyr.* (t. II, p. 528, C.).

(2) CLEMENS ALEX., *Strom.*, VII, 12, p. 878.

(3) ORÍGEN., c. *Cels.*, VIII, 73, 75.

(4) TERTULL., *Apolog.*, 38, 41; *De pall.*, c. 5.

su destino y logra su salvacion cumpliendo con todos sus deberes en esta vida: la religion debe, pues, dejar de ser una religion del otro mundo y trasformarse en una religion de este mundo. Tal es la enseñanza que deducirá el siglo XIX de los excesos del espiritualismo cristiano.

Se dirá que exageramos por nuestra parte estos excesos, que los cristianos, por espiritualistas que se los suponga, nunca han dejado de cumplir con los deberes de ciudadano, y que, por consiguiente, nuestras críticas carecen de objeto. Nuestra respuesta es muy fácil: la historia se encarga de darla. En la época en que los Padres de la Iglesia predicaban á los hombres que su patria estaba en el cielo, se acercaban los Bárbaros á poner fin á la civilizacion antigua. Los paganos han acusado ya á los cristianos de ser los auxiliares de los pueblos del Norte, y los historiadores modernos han reproducido la acusacion. La creemos fundada. El cristianismo ha sido un elemento de disolucion para el mundo antiguo. Así debia ser bajo el punto de vista providencial. El cristianismo estaba llamado, no á regenerar á la antigüedad, como se ha creído, sino á educar á los Bárbaros; por su parte, la raza germánica tenía la mision de contrabalancear y neutralizar los vicios de la religion cristiana. Puesto que los Germanos y el Evangelio tenían en el fondo una misma mision, la de preparar la civilizacion moderna, se comprende perfectamente que los cristianos hayan sido los auxiliares de los Bárbaros. Pero los designios de la Providencia no justifican á los hombres. Si los cristianos hubieran sido realmente ciudadanos, los Padres de la Iglesia les hubieran predicado los deberes del ciudadano. ¿Hicieron esto los que fueron testigos de la invasion? Hay entre ellos un genio de primer orden. San Agustin es, bajo el punto de vista político, el ménos espiritualista de los Padres: tiene algo del carácter positivo de la raza latina. ¿Qué dice este contemporáneo de Alarico á los Romanos convertidos al cristianismo? Ataca al patriotismo de los ciudadanos de Roma. «Ensalzan tanto su patria, dice, porque no conocen esa otra patria más verdadera y que debe componerse de ciudadanos inmortales» (1). ¿Qué interes puede ofrecer la patria ter-

(1) AUGUSTIN., *De Civ. Dei*, III, 17.

restre á aquel que se preocupa exclusivamente de la patria celeste? Las calamidades públicas mismas no le conmueven: la victoria ó la derrota, la libertad ó la servidumbre, le son indiferentes: la libertad para él consiste en emanciparse del yugo del pecado y de la muerte: la gloria consiste en librar á los hombres de la dominación del demonio (1). San Agustín vió á los Vándalos invadir el Africa. Bonifacio, un amigo del obispo de Hipona, fué quien los llamó. Si el Padre latino hubiera conservado una chispa, no ya del patriotismo antiguo, sino del sentimiento de los deberes que impone la patria en todo tiempo y lugar, ¿no hubiera debido condenar aquel crimen? Se conserva una carta que el obispo escribió al general despues de aquella funesta traición. Esta palabra traición no aparece en la carta. Agustín no excita á su amigo al sentimiento del deber, invocando la fidelidad y la patria. Bonifacio se habia unido con los Bárbaros por resentimiento de una injuria. Esto es lo único que desagrada al obispo; le dice: «No vuelvas mal por mal, sino bien por mal.» En los consejos que le da, San Agustín no piensa en la salvación del Imperio, sino en la de Bonifacio (2). Hombres que hasta este punto olvidaban la patria, ¿cómo habian de ser defensores ardientes de la patria? Si ha habido cristianos patriotas, eran cristianos inconsecuentes. Cuanto más imbuido esté un hombre en la perfección del Evangelio tanto ménos hará por la patria. Los verdaderos cristianos en la época de la invasión de los Bárbaros eran los monjes y los anacoretas. ¡Díganosenos qué hicieron aquellos millares de solitarios en defensa del Imperio!

¿Hace falta inquirir si la concepción cristiana de la patria es un ideal? La humanidad se ha mostrado superior al cristianismo. Los hombres no han podido persuadirse de que son extranjeros en un mundo en que han sido colocados por Dios. Esta idea repugna tanto á la conciencia humana, que cuesta trabajo el comprender que haya podido entrar en el cristianismo como una cosa corriente (3). Hay que recordar que en la época en que San Pablo vino

(1) AUGUSTIN., *De Civ. Dei*, v, 17, 18.

(2) *IBID.*, *epist.* 220, §§ 7-12 (*Op.*, t. II, p. 814 y sig.).

(3) Encuéntrasela en todos los predicadores. MASILLON, *Sermon acerca de la*

á anunciar á los Griegos y á los Romanos que eran extranjeros en esta tierra, la patria no existía ya en realidad. La decadencia de las naciones habia inspirado ya á los últimos estóicos el disgusto de la vida pública, la preocupacion exclusiva del perfeccionamiento individual. Estos sentimientos adquirieron una fuerza inmensa á la voz de los apóstoles, que predicaban que se acercaba el fin de todas las cosas, que iba á comenzar el reino de Dios y que solamente hallarian lugar en él los que se apresurasen á renunciar al antiguo mundo (1). La patria, la vida misma, perdian su importancia para los que esperaban la consumación final. Así, pues, la pretendida perfección del cristianismo en este punto es simplemente el producto de la decadencia antigua, junta con un espiritualismo desordenado.

§ II. — El matrimonio.

Nos cuesta trabajo comprender hoy que una institución, fundamento de la sociedad, no haya sido aceptada en los primeros siglos del cristianismo más que como una triste necesidad de la corrupción humana. ¿Cómo conciliar esta falsa doctrina con la pretension de una revelación milagrosa? Sin embargo, no hay término medio; ó hay que rechazar el matrimonio con Jesucristo y con San Pablo, ó hay que reconocer que su indiferencia, mejor dicho, su antipatía hácia el matrimonio no es el ideal de la humanidad, y por consiguiente que la predicación evangélica no es la expresión de la verdad absoluta, y que en su marcha progresiva el espíritu humano ha avanzado más que Jesucristo, lo cual necesariamente implica que no hay revelación milagrosa, directa, de la

Samaritana (*Obras*, t. I, p. 355): «Un cristiano no es de este mundo; es un ciudadano del cielo; es un hombre del siglo siguiente; es el juez y el enemigo del mundo.»

(1) MATEO, XVI, 24: Jesús dice á sus discípulos: «si alguno quiere venir conmigo, renuncie á sí mismo, tome su cruz y sígame.»